Prólogo

Según el canon judío, la Biblia contiene veinticuatro libros, dispuestos en tres grandes secciones: Torah, Profetas y Escritos. Esta última parte encierra uno de los libros más singulares de todo el Antiguo Testamento, tanto por su delicada belleza, como, sobre todo, por su inevitable carácter controvertido. Se trata del *Cantar de los Cantares*. Muy pronto, aquella especificidad dentro de las Escrituras se tornó un asunto problemático. Por eso no tardaron en surgir, ya desde época rabínica, voces discordantes que discutieron su auténtica condición de libro sagrado e incluso su apropiada introducción en el canon bíblico. Su defensa tampoco se hizo esperar. En época misnaica ya se decía que el *Cantar de los Cantares* hacía "las manos impuras", apoyando con esto su verdadera naturaleza inspirada. Más tarde, los distintos *midrasim* del *Cantar* destinaron un amplísimo capítulo a defender con todo tipo de argumentos su carácter sagrado. Y no fue menor la salvaguarda que propusieron exégetas posteriores a lo largo de los siglos.

La temática amorosa del *Cantar* originó seguramente aquellas diatribas, así como la posterior explicación alegórica que pretendieron luego teólogos y rabinos. Y es que ninguno estaba dispuesto a aceptar sin más aquella historia entre dos enamorados, salpicada a veces de tintes eróticos. Los comentaristas católicos hablaron entonces de una relación amistosa entre Dios y su Iglesia. Los intérpretes judíos, por su parte, de Yahveh y su pueblo elegido. A veces, sin embargo, la explicación más simple y sencilla podría resultar la más acertada. No hace muchos años, una persona ajena por completo a los temas bíblicos me comentaba el error que cometieron unos y otros intentando explicar el *Cantar* desde una innecesaria interpretación metafórica, puesto que si, como quieren los textos bíblicos, Dios es amor sobre todas las cosas, no podía haber libro –afirmaba– que recogiera mejor la naturaleza divina. Y razones no le faltan. Sea como fuere, estas y otras cuestiones terminaron por hacer del *Cantar* uno de los libros más meditados, traducidos, glosados y versificados a otras lenguas de toda la sagrada Escritura.

Las huellas que ha dejado en la Literatura Española son de sobra conocidas. San Juan de la Cruz alcanzó la cima de la lírica mundial con su *Cántico Espiritual*. Antes, un humanista como Benito Arias Montano depuso su árida labor de exégeta y traductor de textos antiquísimos para plasmar en delicados versos su *Paráfrasis en modo pastoril*, que quizá conociera el místico español. Muchos otros tomaron su testigo, como la carmelita María de san José. También el poeta barroco Francisco de Quevedo, que describió como pocos el amor y la muerte en sus versos, dedicó su ingenio a trasladar al español aquel libro bíbli-